

FR. GERUNDIO.

*Si quis juvenis incautus dixerit
facciosos non esse peritos in materia
píxidum, anathema sit.*

Si algun jóven incauto dijere que
los facciosos no es gente entendedora
en materia de brújulas, le atravieso de
parte á parte.

CONC. 4. GERUND.

EL MAPA.

¿Qué buscas, Tirabeque, con tanto afan y tan
esquisita diligencia?—Señor, busco la mapa.—¿La
mapa de qué?—La mapa del mundo, señor.—Ar-
dua y penosa empresa acometes, Pelegrin, y en
mal sitio te se ha antojado buscarla. En una cel-
da humilde, en este modesto albergue de dos ex-

claustrados te prometes hallar la mapa del mundo! Aquí no hay mas mapa que tú; y aun tú mismo, si tal cual vez pareces la mapa de los legos, otras que son las mas te portas y produces como si fueses la escoria y desperdicio de la clase; —Muchas gracias, señor. Pero no es esa mapa la que yo buscaba, sino la *mapa mundi*.—Será el *mapa-mundi* en ese caso.—Si señor, la *mapa mundi*.—Pero no has de decir *la* sino *el*; que no es del género femenino sino del masculino.—Pues qué no se dice: «Inlano es la mapa de los generales, mengano es la mapa de los escritores; perencana es la mapa de las buenas mozas de Madrid?—Así es la verdad; pero eso se dice en sentido de ser una cosa la flor, la nata, la espuma, lo esquisito y selecto de su género ó especie. Mas cuando se habla de un atlas, de una carta geográfica cualquiera, á que damos tambien el nombre de mapa, se dice el mapa y no la mapa. El caso es que el *mapa-mundi*, ó descripción geográfica del globo, que parece ser el que tu pides, no le tenemos en casa, y así es escusado que te mortifiques en buscarle.—Con tal que tuviera vd. el de España, señor..—El de España aquí le hay. Pero me sorprende tu petición, porque no sé yo qué uso puedas hacer del mapa, á no ser que por ensalmo hayas adquirido algunos conocimientos geográficos ó topográficos que no tenias.—Señor, eso de topos y grajos no va conmigo: yo solamente quiero saber donde está la brújula y cómo es esa brújula

la.—La brújula es esta agujita que está puesta para señalar el norte ó parte septentrional de la carta.—Esa, esa es la que busco yo, señor, la brújula del norte, que ya me habían dicho á mí que la brújula era una aguja. Ahora me falta ver donde tiene el ojo esta aguja.—¿Qué simplezas tienes, Pelegrín! ¿Crees acaso que es alguna aguja de coser?—Ya sé que no es aguja de coser, señor; pero se enhebran por ella hilos muy gordos.—¿Hilos muy gordos!—Sí señor, hilos muy gordos: escuadrones enteros de caballería: con que mire vd. si son hilos bien gordos.—Vaya, estás demente, hombre.—Señor, ó esta no es la brújula, ó la brújula debe tener un agujero muy grande. Y sinó diga vd.: ¿por donde se enhebró Balmaseda con su par de escuadrones á la sierra de Burgos? ¿No fué por la brújula?—Ya me parecía á mí que habías de salir con una de tus acostumbradas sandeces.

Por la Brújula fué, es verdad. Pero no por esta brújula, sino por un sitio así llamado, no lejos de Burgos.—Pues ahora digo yo otra cosa: ¿por qué no tenían bien tapado el ojo de aquella brújula? Sino que parece que lo mismo se deja enhebrarse facciosos por ojos de brújulas, como se enhebra hebras de seda ó hilo por ojos de agujas.—¿Pero quién le había de tapar, bobo?—Las tropas, señor.—Eso es; tendremos, si te parece, tropas para tapar todos los agujeros. Además que la dificultad no estaba en pasar la Brújula, sino

en pasar la línea del Ebro, lo cual tuvo la suerte de verificar por la extrema izquierda de la de nuestras tropas. Eso, ya ves, ¿cómo se ha de impedir? Pero al momento se tomó la medida de destacar algunos escuadrones para perseguirle, y cuenta con que su derrota es infalible. Mucho mas habiendo la ventaja de que no puede volver al país enemigo, por ser uno de los sentenciados á muerte por D. Carlos.—Por Maroto dirá vd., señor.—Es verdad, por Maroto, que ese es allí el rey por ahora, hasta que D. Carlos dé algun otro decreto sentenciando á muerte á Maroto y á todos los marotistas.

Y dígame vd., mi amo, ¿el hermano Baldomero entró á dar los palos del sainete á los de la comedia del otro dia?—No, hombre; en el teatro moderno no se usan ya sainetes que rematen en palos. Pero en cambio de eso avanzó despues desde Lodosa á Logroño.—Déme vd. el mapa-mundis, señor, á ver cuantas leguas avanzó. ¡Ola, ola! Pues hay una jornadita. ¿Pero está mas allá, ó mas acá?—¡Mira qué geográfico éste! ¿No ves á Logroño mas hácia nosotros? ¿mas hácia el mediodia?—Perdone vd., señor, que nosotros mas estamos hácia la noche que hácia el mediodia, que ya son cerca de las cinco de la tarde.—Quiero decirte que Logroño está mas hácia el polo antártico: mas acá, para que lo entiendas mejor.—Entonces avanzó hácia atrás, señor.—Avanzó hácia donde conven-
drá.—¡Ah señor! bien hice yo el otro dia en no

querer levantar la pata hasta ver en qué quedaba la comedia. Y ahora le digo á vd. que mientras por los ojos de las brújulas se enebren Balmasedas, y mientras el hermano Baldomero avance hácia el mediodia, no levanto yo la pata aunque se empeñe el mundo entero.—Ya se vé ; como tú ni eres geógrafo, ni estratégico, no sabes lo que conviene.—Señor no sabré ; pero yo no levanto la pata ; y tengo dicho.

Sancho y Olózaga.

I.

San Pedro y Cristo bajaban
por una escalera abajo.....
mas no, que los que bajaban
eran Olózaga y Sancho.

Cayó Pedro, y Cristo dijo,
¿te has hecho daño, muchacho?
Pero no, que quien lo dijo
fué Sancho á D. Salustiano.

Y respondióle San Pedro.....
Mas yo debo estar borracho:
¿que San Pedro, ni que cristo
si esto no es cosa de santos?

Respondió Olózaga (digo)
al bueno de Sancho el Bravo.....
miento que no hay tal brabura,
que fué á Sancho el diputado.

«No hay novedad, Sancho amigo.
¿Y usted San Pedro, que es calvo.....?»
¡Otra! Ni calvo, ni Pedro,
que era Sancho el pelicáno.

Dijo Sancho, «yo tampoco.»
—Vaya, usted se ha lastimado,
—Pues yo tengo la aprension
que usted se ha roto algun brazo».

Y uno á otro se miraban;
y como cayeron ambos,
uno á otro se decian,
«¿en qué habremos tropezado?»

Miraban en derredor,
y al ver todos los peldaños
sin hoyos ni prominencias,
sin chinitas, ni chinarras,

Mirándose de hito en hito
estuvieron un gran rato,
al cabo del cual dijeron;
«sin duda hemos resbalado.»

Y volvieron á mirar
si alguna cáscara acañó
de melon ó de sandía
fué la causa de su *lapsus*.

Nada vieron, y otra vez,
y otra y otra se miraron.
«Sancho, ¿es cierto que caímos?»
—«¿Caimos D. Salustiano?»

—De mi caída estoy cierto.
—Yo he caído á no dudarλό.
—Sancho, el demonio anda aquí.
—Olózaga, aquí anda el diablo.

Sancho, Sancho! yo sospecho
que vd. esta empecatado.
—Usted le tiene reciente,
Olózaga, vamos claros.

—Yo aseguro á vd. que estoy
limpio y puro, Sancho hermano.
—Olózaga, juro y voto
que no me he desayunado.
Tomo v. 22

- ¿Pero es cierto que caímos?
—Caimos.—¿Los dos?—Entrambos.
—¿Pues cómo fué, Sancho amigo?
—¿Cómo fué, D. Salustiano?

—Usted, hermano, se ha hecho de poco acá un exaltado.
—No hay tal, Olózaga.—Entonces será por ser moderado.

—Tampoco.—Pues por anfibio.
—Anfibio yo...!—Por ser gato.
—Por ser... el diablo que lleve á usted y al que me ha tumbado.

¡Yo del tribunal de Guerra,
no ministro, ministrazo;
declarado inamovible.
por decreto Arrazolano:

¡Yo el Sancho del buen callar;
yo que tan á tiempo callo,
que para mi solamente
parece se hizo el adagio:

¡Yo el Sancho de mas ensanches,
yo en fin el Sancho mas Sancho,
yo, sin decirme «agua va»
de este modo chapuzado !!

Haré una revolucion....!

- ¡Cómo qué...!—Olózaga, la bago.
- Témplese, hermano, un poquito.
- Olózaga, lo he jurado.

Asi en las Constituyentes
lo dije; alli consignado
estará mi voto; y veto
que no retrocedo un paso.

- Templanza, Sancho, templanza.
- No puedo templarme, hermano.
- Ríase usted como yo:
- Rabie usted como yo rabio.

—Tambien de Guerra y Marina
era yo Fiscal Togado,
y me rio y reiré
de un gobierno tan menguado.

—Yo ofrecí revolucion,
si era llegado este caso.
Llegó, Olózaga, llegó.

—Pues bien llegó, hermano Sancho.

- ¿Pero cual será el pretesto...?
- ¿Pero, que habrán inventado...?
- ¿Qué achacarán? Yo me rio.
- ¿Qué acumularán? Yo rabio.

Y en esto que así se hallaban
discurriendo y altercando,
se presentó Tirabeque
de un pie cojo y de otro sano.

II.

«Salud, hermanos, les dice;
os estais perdiendo en cálculos:
¿quién os manda á Tirabeque
remedar en el cenáculo? (1)

«¡Hacer de lego y Gerundio
los Olózagas y Sánchicos!
¡Ahi es nada! Unos acólitos,
que nunca vistieron hábito!

¿¡Quién pidió al amo permiso?
¿Quién buscó mi beneplácito?
¿Asi los nombres se usurpan
de un Padre y Lego seráficos?

Tirabeque soy yo solo
desde aqui el mediterráneo,
ni Fr. Gerundio hay mas que uno
en todo el orbe terráqueo.

(1) Capillada 119; artículo primero.

«Y luego sin darme un sorbis
de aquel licor aromático,
que fuera para mi estómago
un bálsamo anti-reumático!

«En pena de ello sufris
este golpe diplomático,
aumentando (asi me alegro)
de cesantes el catálogo.»

Yo Fr. Gerundio que oí
los disparates tan clásicos
del sandio de Tirabeque,
acudí como un relámpago;

«Hermanos, por Dios, les dije,
no hagan caso de este zángano;
y entiendan que su caída
no fue por lo del cenáculo.

Examinen su conciencia,
hermanos, echen sus bártulos,
y miren si hallan la causa
de aqueste golpe enigmático.»

A esto el dígito á la boca
aplicó Sancho el galápago,
como aquel que algo recuerda,
ó como quien echa un cálculo.

Y dándose una palmada
allá hácia el hueso ciático,
cual si le picára un cínife,
ó le acribillára un tábano;

Ya discurro, dijo Olózaga,
el pretesto del escándalo;
ya sé por qué nos derriban
aquellos almas de cántaro.

¿Se acuerda usted del dictamen
que usted, cual Fiscal impávido
dió en esta causa de Córdoba,
y yo exaré con mi cálamo;

Y despues el Tribunal
adoptó en todos sus párrafos,
como justo á todas luces,
cual saben todos los prácticos?

Pues ese para el gobierno
ha sido sin duda un cáustico,
y lá caída dispuso
de este par de lapidarios.

—¡Hermano Sancho, por Cristo!
Sancho hermano, por San Dámaso!
¿Fuera el gobierno tan mísero,
habrá un ministro tan párvulo;

Que en pena de hacer lo lícito
diera un golpe tan arábigo?
No lo hiciera allá en Arévalo
el regidor mas gaznápiro.

—No ha sido otra cosa, Olózaga,
lo juro por este báculo:
no ha sido mas que el dictámen.
—¿Qué dictámen, ni qué rábano?

¿Pues qué; estamos entre Sármatas?
¿Pues qué; estamos entre cuácaros?
¡La independencía jurídica....!!!
—¡Olózaga, estais socrático.

Yo apelo de Fr. Gerundio
al voto sincero y cándido.
—«Hermanos, ese es del público
el mas admitido cálculo.»

—«Sancho, ¿y la revolucion?
—Olózaga, y el carámbano?
Usted parece un Demócrito.
—Y usted, Sancho, es un Heráclito.»

Tirabeque que escuchaba
muy atento todo el diálogo,
en estos versos esdrújulos
dió desahogo á su ánimo;

Hermanos , con un golpe tan estrambótico
os aseguro que estoy tan estático ,
que si como soy lego fuera catedrático ,
puede que le llamára despótico.

Bah , bah , bah , ¡Si se ha de quitar *al libitum*
á cualquier respetable magistrático ,
porque le dé al gobierno el antojítulo ,
vale mas no saber el *máscula sunt máribus* ,
y ser un simple legatário:

Amen Jesus.

